

In Memoriam
Jesús Antonio Bejarano

Estela del amigo y maestro
Chucho Bejarano

Gabriel Restrepo

La inteligencia posee una propia belleza. Incorpórea, supera la del mismo rostro. Indeleble, excede la temporalidad de la vida. No necesita de afeites ni de adornos distintos a su misma gracia.

La inteligencia solo precisa de la voluntad para acrecerse. Y ganas de ser y de saber no escasearon jamás en una persona que contra toda apuesta del destino se hizo a sí mismo sin los cordones umbilicales de la genealogía o del clientelismo.

El paso del tiempo permitirá reparar cuanto había de la Colombia de veras en Chucho. De su Tolima. De ese espíritu levantisco, pero jocundo y fundador de pueblos. Porque fue un ciudadano del mundo, pero afianzado como las ceibas en el humus de su tierra, con la fuerza indómita de las etnias originarias y la energía de las mezclas que bregaron por los riscos.

La Universidad Nacional fue nodriza de su talento y también la mano que cerró benévola sus párpados. Nada en su hoja de vida hay que no haya sido ganado a pulso del esfuerzo intelectual. Como estudiante, pasó muchos días y noches en Gorgona, las residencias estudiantiles, entre tintos claros y espesos, salchichón y aguadepañelas, siempre conversador achispado como en feria de domingo. Y más que en otro aliento respiró entre libros y escrituras una soledad poblada de país.

Maestro de maestros, su obra económica e histórica, siempre crítica, lúcida, irónica, narrada con pericia técnica, pero al mismo tiempo con sagacidad de

* Profesor del Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.

novelista, abrió el camino para una comprensión no parroquial de este descorazonador pero amado país.

¿Cuándo hubiera imaginado que el sumergir sus pesadillas y sus noches en la iluminación del profundo mal de Colombia, que se llama la miseria del campo, lo llevaría con lúgubre fatalidad a una muerte prematura y violenta, semejante a aquellas que intentara desterrar de su mente cuando las viera o las oyera narrar de niño o de joven en su Tolima natal?

Pero no le restaba tiempo a la vida. Oyó los 3.323 boleros en los cuales se cifra acaso la clave de una segunda oportunidad sobre la tierra para los habitantes de Macondo. Conjuraba la tragedia con un doble humor: el fantasioso de un niño y el escéptico de un anciano. Supo del amor con sus fragilidades y plenitudes. Sufrió en silencio las impotencias del poder y acarició como sueño entretenido la idea de gobernar a un Tolima que pudiera disfrutar de una eterna fiesta del bambuco. Había retornado a las Aulas esperando quizás reencontrar en ellas — por la enseñanza— las llaves para la nueva vida de una plenitud, trunca.

Para que no se quede en vano su paso por estos claustros, la Universidad Nacional no puede renunciar a la preservación de su memoria. Habría tres modos de cuidarla. El primero, una edición crítica de las obras completas de quien entregara a la docencia sus mejores energías. El segundo, una beca para estudios doctorales destinada cada tres años a un estudiante que viniendo de abajo, como él, prometa realizar una obra comparable a la suya. Y tercero: un premio que con su nombre exalte la pedagogía de la paz, por la cual se entregó como el mejor guerrero, sin la cobardía de aquellos que excudados en un arma y en un antifaz se esfuerzan en vano por pasar como valientes, aquellos que quieren hacer de Colombia una hoguera.

Pero será, con todo, en la fortaleza y en la templanza de cada voz de esta Alma Mater donde permanezca su recuerdo, alzado como un coro contra quienes quieran silenciar la expresión de las ideas. Que el cantor cante, que el poeta recite, que el artista esculpa, que el científico publique, que el médico cure, que el ingeniero o el arquitecto proyecten, que el jurisconsulto predique sobre la justicia y el filósofo sobre la verdad. Nuestro ser es el pensamiento en libertad. Y mientras haya vida seremos, como el maestro Chucho, artífices de creación.

Ciudad Universitaria, 16 de septiembre de 1999.